

**Revista de
espiritualidad,
información
y promoción
Eucarística.**



**MARZO 2024
Nº176**



Adoradores



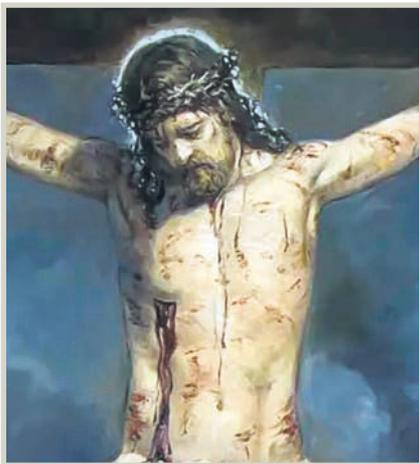
Olvido de sí mismo:

Vivir con Jesús, en Jesús, es ser su siervo adorador. Debemos ser ante Dios lo que somos. Pág 10 y 11

La pureza de corazón:



Como almas eucarísticas, posean una bellísima pureza, una gran rectitud de intención... No descansen más que en Jesús. Pág 14 y 15



Temas cuaresmales:

Ver a Dios, aun en la cruz, es la bienaventuranza prometida a los limpios de corazón. Reflexiones de san Manuel González. 16 a 18



Contemplar Su cruz

En el Viacrucis busquemos evocar con fe las etapas de la pasión de Cristo.

Dirijamos hoy a Cristo nuestras miradas, con frecuencia distraídas por disipados y efímeros intereses terrenos. Detengámonos a contemplar su cruz. La cruz, manantial de vida y escuela de justicia y de paz, es patrimonio universal de perdón y de misericordia. Es prueba permanente de un amor oblativo e infinito que llevó a Dios a hacerse hombre, vulnerable como nosotros, hasta morir crucificado.

A través del camino doloroso de la cruz, los hombres de todas las épocas, reconciliados y redimidos por la sangre de Cristo, se han convertido en amigos de Dios, hijos del Padre celestial. “Amigo”, así llama Jesús a Judas y le dirige el último y dramático llamamiento a la conversión. “Amigo”, llama a cada uno de nosotros, porque es auténtico amigo de todos nosotros. Por desgracia, no siempre logramos percibir la profundidad de este amor sin fronteras que Dios nos tiene. Para

Él no hay diferencia de raza y cultura. Jesucristo murió para liberar a la antigua humanidad de la ignorancia de Dios, del círculo de odio y violencia, de la esclavitud del pecado. La Cruz nos hace hermanos y hermanas.

Pero preguntémosnos, en este momento, qué hemos hecho con este don, qué hemos hecho con la revelación del rostro de Dios en Cristo, con la revelación del amor de Dios que vence al odio. Muchos, también en nuestra época, no conocen a Dios y no pueden encontrarlo en el Cristo crucificado. Muchos están en búsqueda de un amor o de una libertad que excluya a Dios. Muchos creen que no tienen necesidad de Dios.

Abámosle el corazón. Jesús es la verdad que nos hace libres para amar. No tengamos miedo: al morir, el Señor destruyó el pecado y salvó a los pecadores, es decir, a todos nosotros.

Papa Benedicto XVI



Al iniciar la adoración

Esquema para una hora de adoración:

- 15 minutos iniciales de todas las semanas: Pp. 4 y 5
- 30 minutos de meditación: 1. Pp. 8-9; 2. Pp. 10-11;
3. Pp. 12-13; y 4. Pp. 14-15
- 15 minutos finales de todas las semanas: Pp. 6 y 7



Comencemos entrando en su presencia y adorando.

No te olvides: Jesús en la Eucaristía no es un “pan bendecido”; su presencia no depende de nuestra fe y no es una presencia simbólica, sino real y substancial.

Por lo tanto, a Dios Hijo encarnado y presente en el santo sacramento del altar, dirigimos nuestros actos de adoración:

Vengo, Jesús mío, a visitarte y a gozar de tu presencia.

Te adoro en el sacramento de tu amor.

Te ofrezco principalmente las adoraciones de tu santa Madre, de san Juan, tu discípulo amado y de las almas más enamoradas de la Eucaristía.

Gloria al Padre, gloria al Hijo, gloria al Espíritu Santo. (Reflexionemos cinco minutos).

Delante de Jesús Eucaristía, vivimos nuestra fe.

No te olvides: “Tener fe es creer en lo que no se ve”. No vemos a Jesús visible,



pero creemos, por la fe de la Iglesia, que Jesús está en la Eucaristía con su Cuerpo, Sangre, Alma y Divinidad. Reafirmemos nuestra fe diciendo:

Creo, Jesús mío, que eres el Hijo de Dios vivo que has venido a salvarnos.

Creo que estás presente en el augusto sacramento del altar.

Creo que has de permanecer con nosotros hasta que se acabe el mundo.

Creo que bendices y que atiendes los ruegos de tus adoradores. (Reflexionemos cinco minutos.)

La esperanza y el amor brotan de la fe

La esperanza cristiana se funda en la posibilidad de ir al Cielo, es decir, a la comunión de vida y de amor con las Tres Personas de la Trinidad, por la eternidad. Jesucristo fue quien, con su sacrificio en cruz, nos abrió las puertas del Cielo, nos dio la esperanza de la vida eterna, haciendo aparecer en el horizonte de nuestra existencia la posibilidad de la eternidad. La Eucaristía es un signo visible de esa esperanza porque el Dios, que dio la vida por nosotros en la cruz para llevarnos al Cielo, está en la hostia consagrada, alimentando nuestra esperanza, concediéndonos fuerzas y ánimo para llegar a la perfección de la vida cristiana, la salvación eterna. (Reflexionemos cinco minutos.)

Actos de contrición

No te olvides: la contrición del corazón es el acto de arrepentimiento perfecto, porque es salvífico.

Delante de Jesús Eucaristía hacemos actos de contrición:

¡Jesús mío, misericordia!

Jesús mío, te pido perdón por los muchos pecados que he cometido durante mi vida.

Por los de mi niñez y adolescencia.

Por los de mi juventud.

Por los de mi edad adulta.

Por los que conozco y no conozco.

Madre mía, intercede por mí ante tu divino Hijo Jesús.

¡Dulce Corazón de María, sé mi salvación!

Imploramos al Dios de la Eucaristía

Señor, que tu Reino venga a nosotros, que tu misericordia se derrame como un océano de amor infinito, como la luz brillante que esparce el sol en cenit sobre las almas de todos los hombres de todos los tiempos. Te suplicamos, Jesús Eucaristía, que tengas piedad y misericordia de nosotros, de nuestros seres queridos y de toda la humanidad, y danos la garantía de que somos escuchados en tu presencia eucarística, y alcánzanos el don de tu madre, la Virgen María, que sea como madre nuestra. A ella, Nuestra Señora de la Eucaristía, le pedimos que te alcance nuestros ruegos y los guarde en tu corazón.



Al culminar la adoración

Actos de amor

“Después de la meditación, nuestra alma se enciende con los mismos sentimientos de Cristo, cuyo Sagrado Corazón Eucarístico es horno ardiente de caridad y nos permite hacer actos de amor:

Te amo, Jesús mío, como a nadie.

Porque Tú me has amado infinitamente.

Porque Tú me has amado desde la eternidad.

Porque Tú has muerto para salvarme.

Porque Tú me has hecho participante de tu divinidad y quieres que lo sea de tu gloria.

Porque Tú te entregas del todo a mí en la comunión.

Porque Tú estás siempre por mi amor en la Santa Eucaristía.

Porque Tú eres mi mayor amigo.

Porque Tú me llenas de tus dones.

Porque Tú me has enseñado que Dios es Padre que me ama mucho.

Porque Tú me has dado por madre a tu misma Madre.

¡Dulce Corazón de Jesús, haz que te ame cada día más y más!

Te amo y te digo con aquel tu siervo:

¡Oh Jesús, yo me entrego a Ti para unirme al amor eterno, inmenso e infinito que tienes a tu Padre celestial!

¡Oh Padre adorable! Te ofrezco el amor eterno, inmenso e infinito de tu amado Hijo Jesús, como mío que es.

Te amo cuando tu Hijo te ama”. (S. Juan Eudes).

Damos gracias a Dios por sus inmensos dones para nosotros, que comien-

zan con la creación de nuestro ser, continúan luego con el don de la adopción filial y siguen con el “don inestimable” de su Hijo en la Eucaristía. Por todo esto, agradecemos a Dios también por lo que es él en sí mismo, Bondad, Misericordia y Amor infinitos, atributos todos que resplandecen en su presencia sacramental.

Actos de gratitud

Oh Jesús, te doy rendidas gracias por los beneficios que me has dado.

Padre Celestial, te los agradezco

por tu Santísimo Hijo Jesús.

Espíritu Santo que me inspiras estos sentimientos,

a ti sea dado todo honor y toda gloria.

Jesús mío, te doy gracias sobre todo por haberme

redimido.

Por haberme hecho cristiano mediante

el Bautismo, cuyas promesas renuevo.

Por haberme dado por madre a tu misma Madre.

Por haberme dado por protector a san José,

tu padre adoptivo.

Por haberme dado al ángel de mi guarda.

Por haberme conservado hasta ahora la vida para

hacer penitencia.

Por tener estos deseos de amarte y de vivir y morir en tu gracia.



Oración final

Jesús mío, dame tu bendición antes de salir, y que el recuerdo de esta visita que acabo de hacerte, persevere en mi memoria y me anime a amarte más y más. Haz que cuando vuelva a visitarte, vuelva más santo. Aquí te dejo mi corazón para que te adore constantemente y lo hagas más agradable a tus divinos ojos. Adiós, adiós, Jesús mío.

Virgine

A



Siempre derecho a Jesús

Continuamos con las reflexiones de San Pedro Julián Eymard.

¡La Eucaristía! He ahí el centro, la vida y la muerte de ustedes. Es el Emmanuel en persona: bien merece su compañía.

No amen la vida más que para emplearla en el servicio de la Eucaristía, de la misma manera que no se ama el cielo para uno mismo, sino para Dios.

El amor hacia Dios ha de ser el criterio de la ley, de la virtud, de la caridad y, sobre todo, la verdadera luz para juzgar, estimar, despreciar, deseñar y combatir según la gracia de amor de ustedes.

El maestro quiere que estén solos, para no ser ya de ustedes, sino suyos.

Quiere ser el medio, el bien, la dirección de la vida de ustedes, que ha de encaminarse hacia él; he ahí la razón por la cual les falta todo lo que desearían como medio de edificación, de instrucción y de caridad. Pérdida bien insignificante, por cierto, ya que van derechos a Jesús y sus esfuerzos resultan más unificados por estar concentrados en su divino servicio, en su amor y en su divina voluntad.

Olvidarse de sí mismo

Persuadido de la gloria que a Dios habría de dar y del bien que a ustedes acarrearía, les deseo ardentemente que, fijos en el amor de nuestro Se-

ñor, se olviden de ustedes, que tengan en poco cuanto sufren y cuanto le ofrezcan y, sobre todo, que no sean muy sensibles a su amor sensible, a la paz y dulzura de su amor.

Hay almas que son alimentadas de Dios sin que pongan nada de su parte, a quienes concede el cielo para que sin cesar le den las gracias; otras hay que alcanzan el cielo, al parecer entre deleites, pero sufren mucho; todos creen que no hacen nada bueno ni valioso; sin embargo, su corazón es de Dios, su voluntad le obedece con sumisión y le ama más por la fuerza del amor que por su dulzura o sus fervores: almas bellas, por cierto, que pasan por el purgatorio en este mundo, que son del agrado de Dios y se dirigen a Él en todo tiempo y lugar.

Sean siempre así ustedes.

Créanme: Vayan a nuestro Señor como unos pobres, como muy pobres, pero que, sin embargo, son amados y privilegiados; cuya única virtud es el agradecimiento, el único mérito saber pedir y recibir, reconocer que siempre se lo deben todo a su bienhechor, aumentar alegremente sus deudas todos los días, ser insolventes, pero amantes.

“Bienaventurados los pobres, porque, de ellos es el reino de los cielos”.

Les aseguro que este estado agrada muchísimo a Dios.



“Reclinen la cabeza junto a su Corazón en la sagrada Comunión, o cuando el corazón sufra o el alma de ustedes esté triste.”



Vivir con Jesús

Invitación a siempre tener presente en el corazón al Señor.

Gocen de Dios, mas no de las criaturas. Además, Dios no lo quiere, ni ustedes, tampoco. Gocen de Dios, de sus gracias, de su sagrario, de su maestro.

Gozar es no querer más que a Él; gozar es vivir por Él, para Él, a sus pies, en su corazón, en su persona divina.

Escúchenle a sus pies como María: éste es el pan de vida y de inteligencia, el banquete del alma que alimenta nuestro ser; ésta la oración del silencio, de la mutua mirada, de la dicha de verse al calor de este sol divino

Reclinen la cabeza junto a su Corazón en la sagrada Comunión, o cuando el corazón sufra o el alma de ustedes esté triste.

Cuando Jesús parece muerto, su corazón no muere; aun después de muerto, su sangre está llena de calor.

Jesús dijo: “Él que me coma morará en mí y Yo en él”. ¡Qué sociedad de vida más bella y divina!

Vivir con Jesús, en Jesús, es ser su siervo adorador. Quédense tranquilos a los pies de Jesús, de la manera que Él quiera, tal como los coloque, como Él los haya formado; las ideas, la oración y el amor espontáneo y natural formarán el estado del alma de ustedes. De-

bemos ser ante Dios lo que somos.

Dios ha dispuesto los cambios de estaciones para variar los trabajos y los productos de la tierra.

Nuestra alma es la tierra de la gracia. Esfuércense por guardar la igualdad de espíritu y del amor de Dios en medio de sus variadas obligaciones, de sus ocupaciones y sus estados internos.

¡Dios me ama! ¿Qué hay de más bello y consolador?

En todo quiere mi bien. Yo soy suyo y no busco más que a Él; mi miseria es mi título; mi pobreza mi riqueza; mis imperfecciones, mi gran necesidad de sus gracias. Pongan en práctica cuanto les voy diciendo y pronto sentirán el reinado de Dios en ustedes.

El don total de sí a Dios

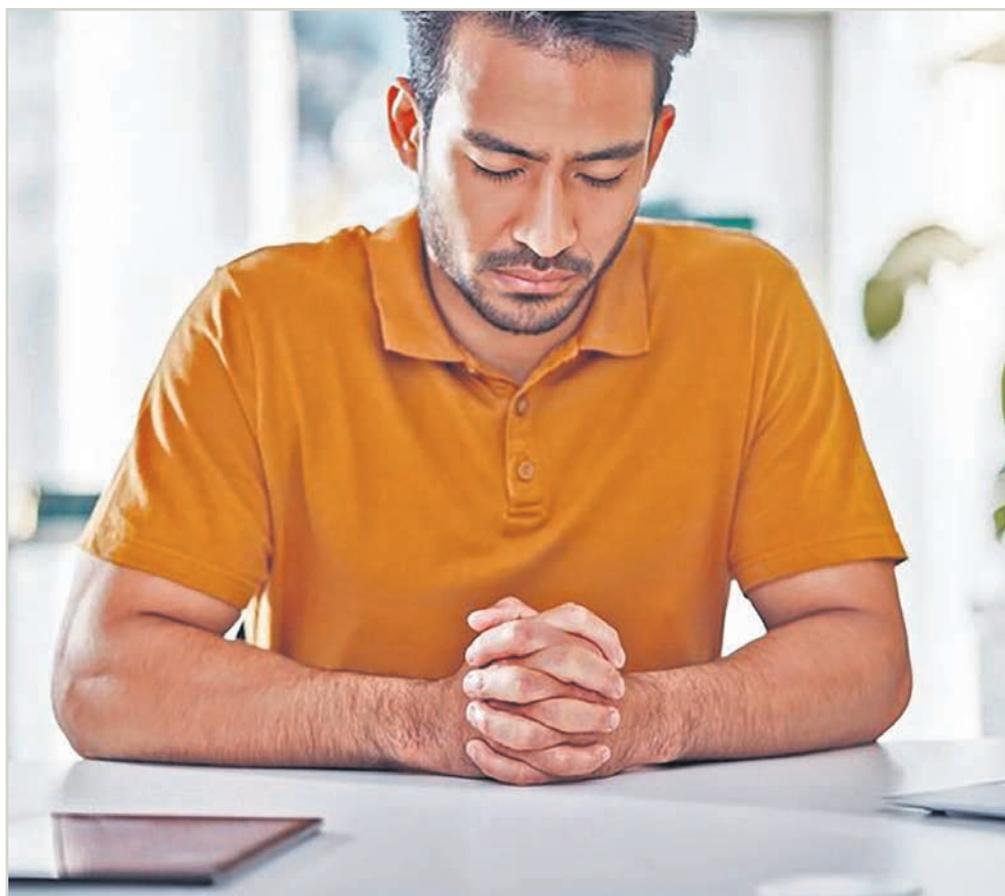
Vivamente les deseo el reinado de Dios en ustedes, el reinado eucarístico de nuestro Señor.

Y noten que no les digo la devoción, la virtud, ni aun el mismo amor, sino el reinado, es decir, el don de ustedes al divino maestro, para ser su casa, su huerto, su corazón, su vida y aun su muerte.

El don de sí es la única prueba del verdadero amor.

Esto es lo que Dios quiere: “Hijo mío –dice–, dame tu corazón”. “Amarás al señor Dios tuyo con todo tu espíritu, con todo tu corazón, con toda tu alma y con todas tus fuerzas: he ahí el primero y el más importante de los mandamientos”, que es toda nuestra vida y nuestro fin en este mundo y en el otro.

Es imprescindible que lo alcancen, porque si no serán como la leña que se



“Esfuércense por guardar la igualdad de espíritu y del amor de Dios en medio de sus variadas obligaciones...”

coloca junto al fuego para que se seque; puede ser que humee, que despidan vapor, que se caliente; pero no arde si no está en la misma hoguera, si el poder del fuego no llega hasta ella.

Harto saben que una mecha se enciende en la misma llama y no en la corriente de aire por ella producida.

Renueven todos los días el don de ustedes mismos al amor y por la gloria

de Jesús sacramentado: ya verán cómo tendrán alguna cosa de que sacrificarse y poderla entregar a Jesús. Pero, por desgracia, ¡cuán pocas son las almas eucarísticas que se dan de esta manera a nuestro Señor!

Quiere uno siempre tener alguna cosilla junto con Jesús o fuera de Él: de ahí la fiebre y el desorden; Jesucristo no es el dueño absoluto.



La pureza de corazón

El autor nos propone tener siempre una recta intención, desapegados del amor propio y aferrados a la cruz de Jesús.

Ustedes, por lo menos, dense por entero y sin reservas en su interior a nuestro maestro: el exterior le pertenece desde hace tiempo. Pero el don interno de sí mismo es el don verdadero, porque nuestro Señor es entonces el dueño del campo que ha de cultivar y del árbol que ha de injertar.

Jesucristo demuestra ser el Salvador, de una manera singular, en la elección de las gracias de santificación llevada a cabo mediante el desprendimiento, que comienza por la propia renuncia y acaba con la conformidad con el plan de vida señalado por su voluntad.

Servíos de todo como de medio, pero no descansen más que en Jesús.

Procedan en todo a manera de un siervo y no pertenezcan más que a nuestro único maestro y Señor Jesús.

No olviden que son las esposas del Corazón eucarístico y que su dote y mejor adorno es la pureza de corazón. Posean una bellísima pureza, una gran rectitud de intención, sean muy desinteresadas en sus acciones y muy desprendidas en sus afectos.

Sean libres en la vida de amor, como es libre y dichoso el amor en su centro de acción.

Por tanto, libérense de las telarañas, de la fiebre del amor propio y de esa mendicidad estéril respecto a aquellos que nada les pueden dar.

El sol no cambia de naturaleza aun cuando las nubes encubren su faz.

Se los ruego, no se dejen cercar de negros nubarrones. Hacen muchísimo mal; son malos y vienen del demonio, porque, efectivamente, son negros.

Sean fuego

Sé perfectamente que no siempre puede uno estar nadando en alegrías celestiales; pero pueden siempre ser obedientes a nuestro Señor y aguardar la vuelta del sol, que no se deja esperar largo tiempo.

Lo esencial es fundamentarse bien en la confianza en Dios, alimentarse de su verdad, sacrificarse a su mayor gloria por su amor soberano, amándole en todo, en todas partes y por encima de todo.

Sean fuego, oculto bajo las cenizas, concentrado en sí mismo, para acumular su fuerza de expansión.

Sean llamas que iluminan, calientan y abrasan todo lo que las rodea.

¡Amamos tan poco al divino maestro y nuestro amor es tan limitado...!



“Se los ruego, no se dejen cercar de negros nubarrones.
Hacen muchísimo mal; son malos y vienen del demonio [...].
Sean llamas que iluminan, calientan y abrasan todo lo que las rodea.”

Debemos suplir esta deficiencia trabajando por que Jesús sea conocido, amado y servido, ya que, si la fe nos hace sus discípulos, el amor nos convierte en apóstoles suyos.

El sufrimiento

El camino del justo está bordeado de un doble cerco: el de la gracia, escalonado a lo largo del camino, como el arroyuelo, el pan y la fuerza del caminante; y el de la cruz de nuestro Señor, que reviste toda clase de formas, pero que siempre es cruz. A medida que uno avanza son más numerosas las cruces, y con frecuencia más crucificantes para la naturaleza; pero también están coronadas de diademas más resplandecientes; nos anuncian la proximidad del paraíso.

No; nunca ha habido felicidad en la tierra desde que Dios dijo a Adán: “Comerás el pan con el sudor de tu frente”. Nunca la tendrán los discípulos de Jesucristo: no les quedan en este mundo más que persecuciones, cruces que sobrellevar, sacrificios continuos que hacer; he ahí lo que Jesucristo nos reserva en este mundo y lo que, largo tiempo, viene concediendo.

Debemos sufrir de parte de todos y en todo lugar: ésta es la semilla del calvario esparcida en toda la tierra; éste es el bordón de viaje del cristiano, su espada en el combate, su cetro y su corona.

Se diría que el amor de Dios penetra en nuestro corazón por una llaga nueva y que se goza perforando ese corazón para hacerlo pasar así a través de su celestial llama. Pues bien: ¡Viva la cruz de nuestro bondadosísimo Dios y vivan las criaturas que nos la proporcionan o que en ella nos crucifican!



La cruz viene de Dios

Invitación a ofrecer los sufrimientos a Dios con amor y a no tomarlos como un castigo, sino como un regalo para la santidad.

Sí; ¡viva la cruz en este mundo, sobre todo la cruz que nos viene de su Corazón paternal!

El divino maestro nos visita a veces con la gracia del calvario; pero también con la fuerza de su amor. ¡Qué espectáculo más bello ver a Dios dulcificando nuestras cruces!

Es preciso que nos visite esta hija del cielo, porque, de otro modo, permaneceríamos sobre nuestro Tabor.

Todo pasa pronto. El sol es más bello después de una tempestad o de un día nublado.

Ténganlo entendido: el estado de sufrimiento viene siempre de Dios, quien nos lo proporciona para nuestro mayor bien y para otorgarnos alguna gracia espiritual. Y si por ventura la pobre naturaleza ha sufrido algunos momentos, reanímela por medio de la santa entrega y no se desanimen.

Déjense crucificar de buen grado por la santa obediencia y por el amor a nuestro Señor.

Siéntanse dichosos al poder sufrir lo que el divino maestro les envía por puro amor. Bendigan a Dios, porque en su bondad les da cuánto hay de máspreciado, de más amable: la prueba de su amor.

Un trozo de la cruz

No digan que es un castigo; no,

no es un castigo, sino un trozo de la cruz de nuestro Señor. Cuando les venga alguna cruz no deben despreciar su divino origen, sino recibirla como a hija del calvario, como a una gota de la sangre del Salvador.

El divino maestro les coloca sobre la cruz: los quiere ver crucificados con Él. Pero ¡qué diferencia! A Él le crucifican sus enemigos y a vosotros sus divinas manos, su amor, para poderles dar el precio de su muerte y la gloria de su cruz. ¡Qué dicha el sufrir por el amor y para el amor!

Sí; sufran de buen grado por amor de Jesucristo.

El amor que no sufre no merece el nombre de amor.

Nuestro Señor no exige de ustedes más que un ejercicio y un pensamiento: el de estar unidos a su amor por la cruz y el de una completa entrega por una santa pobreza de medios y de ayudas externas.

¡Qué unión más feliz y hermosa la del holocausto!

Amen de continuo a Jesús crucificado, que hallarán tesoros y delicias desconocidas para los que no se atreven a subir hasta la cima del calvario.

Jesús era más grande en el calvario que en el Tabor; y cuando quiere santificar a un cristiano lo atrae a sí, según aquellas palabras: “Cuando fuere



“Cuando les venga alguna cruz no deben despreciar su divino origen, sino recibirla como a hija del calvario, como a una gota de la sangre del Salvador.”

levantado sobre la tierra atraeré todas las cosas a Mí”.

Y cuando sean ustedes por entero de Jesús, Él, si preciso es, obrará milagros en favor de ustedes. Los ángeles le sirvieron cuando tuvo hambre después de cuarenta días de ayunos y combates.

No miren, les lo ruego, el dolor natural del sufrimiento: miren la cruz en nuestro Señor, que así será otro su aspecto.

No olviden que la cruz es Jesús que viene a descansar un poquito en el corazón de ustedes mientras escala la cima del calvario, de donde subirá al cielo.

Vivir, glorificar a Dios, morir: ¡qué ideal más bello! ¿Cómo lo representaríamos? Yo no conozco otra forma que la de Jesús crucificado o la del alma enclavada en la cruz con Jesús.

Floración de la santidad

Uno de los fines principales del sufrimiento, según los designios de Dios, que lo envía, es purificar el alma

para que, desasida de los bienes y alegrías terrestres, se dé del todo a Dios.

El sufrimiento es, por tanto, una floración de la santidad. Ya saben que la viña y el castaño destilan sus lágrimas, antes de florecer. Por eso nuestro divino maestro purifica de continuo el corazón para unírsele más íntimamente.

Déjenle obrar. No hará más que separar las escorias mezcladas con el oro para que sea todavía más puro.

Amen a Jesús en todos los estados en que su amor les coloque; y así, cuando estén tristes y desolados, amen con Jesús desolado; pero vayan progresando siempre en el amor. Ciertamente uno sufre cuando está crucificado con Jesús, pero a la par que llora está siempre alegre.

Lloramos porque el sufrimiento no gusta a la naturaleza, porque ella odia el reinado de Dios en nosotros.

No hemos de extrañarnos de que gima y tenga miedo, ni debemos reprenderla ásperamente, sino decirle con el real profeta: “Alma mía, ¿por qué estás triste, por qué te turbas? Ten confianza en Dios, que es tan bueno”.

Pero al mismo tiempo se está alegre porque la gracia estima el sufrimiento, y el amor nos hace quererlo y desearlo, porque la esencia del amor en esta vida radica en la inmolación y el sufrimiento.

Pero, por desgracia, ¡cuán trabajoso resulta para Dios el arrancar de nosotros todo lo que estorba a su gracia e impide el reinado de su amor en nosotros! Dejémosle obrar. Aun cuando el dolor del sufrimiento nos hiere muy hondo, lo es para más rápidamente dar muerte a esta miserable naturaleza.



Camino cuaresmal

Ver a Dios, aun en la cruz, es la bienaventuranza prometida a los limpios de corazón.

Queridos adoradores, tengo a la vista el Evangelio [...] en el que el Maestro que va a Jerusalén anuncia una vez más a lo que va, a ser escupido, abofeteado, crucificado... y dice que los suyos no entendieron ni una palabra.

¿No les parece que más fuerte que el ciego de este mismo Evangelio debieran éstos haber gritado: ¡Señor, que veamos! ¡Han estado siempre los hombres tan torpes en entender la cruz!

Hijos míos, aquí tienen una oración tan breve como jugosa delante de vuestras cruces de cada día: *¡Señor, que yo entienda lo bueno y lo necesario de mi cruz!*

Ver a Dios, aun en la cruz, es la bienaventuranza prometida a los limpios de corazón. Pero, ¿se han dedicado formalmente a ver a Dios en sus cruces? ¡Ya saben: el corazón limpio!

Dicen que no hay peor ciego que el que no quiere ver. ¿Serán éstos los que no pueden ver ni pintada la cruz?

¡Desgraciados! no saben que la Cruz no se hace pesada más que a los que se empeñan en no quererla ver ni llevar.

El Domingo de Ramos

Yo encuentro en el sencillo y extraño aparato del triunfo de Jesús en ese día un motivo de mucho consuelo y

aliento para los despreciados y tenidos en menos por el mundo. Jesús escoge para trono de su gran triunfo una borriquilla dócil...

Pobrecillos, ignorantes, seres sin lucimiento, escasos de luces, de dinero, -de habilidad, ínfimos del pueblo y todos los que despectivamente el mundo llama "burros" ¡alégrense!, ¡con toda su insignificancia llevada en paz, y precisamente por ella pueden ser escogidos para tronos y coronas de Jesucristo, Rey inmortal de los siglos...!

Un consejo a las almas que no quieren o no pueden llevar cruz: Su "no poder" o "no querer" procede de que han olvidado que, antes del Viernes Santo está el Jueves Santo: Esto es, que antes del Calvario está el Cenáculo.

Saber contemplar

Dice san Agustín: "Hermanos, para sanar del pecado contemplemos a Cristo en la cruz. Del mismo modo que los que miraban la serpiente de metal en el desierto no morían de las mordeduras de las serpientes; así los que contemplan por la fe la muerte de Cristo, sanan de las mordeduras de los pecados".

Si Cristo estuviera siempre en el Ta-



Cuándo se medita en el reducido número de amigos que le quedan a Jesús en la hora de sus dolores, se pregunta cualquiera.

bor, ¡cuántos miradores y admiradores tendría!...

Pero en la Cruz del dolor del Calvario y en la Cruz de la inmolación en silencio del Altar, que es donde ha querido quedarse en la tierra, ¡qué pocos, qué pocos!...

Dice san Agustín: “Es conforme a nuestra piedad, que los que vamos a celebrar la Pasión del Señor Crucificado, hagamos para nosotros una cruz, reprimiendo las voluptuosidades de la carne.”

¡Qué bien, si los cristianos sustituyeran su ocupación constante de destruir la cruz con la que Jesús quiere que rediman y salven, con la de construirse y llevar la cruz formada por la línea horizontal de sus inclinaciones torcidas! Esas dos líneas

encontradas y cruzadas ¡qué cruz tan santificadora forman.

Mis deberes para con la cruz

1.- *Conocerla.* (Por el Evangelio, la Iglesia, la Historia y la Santa Misa).

2.- *Discernirla.* (la verdadera, que es la que Jesús nos hace y da para redimirnos y santificarnos, de la falsa, o la labrada e impuesta por el demonio, la imaginación o el amor propio para atormentarnos, desesperarnos y condenarnos).

3.- *Amarla.* (Por venir de Jesús y llevarnos a El).

4.- *Mirarla.* (Sobre el Calvario, sobre el altar, sobre las almas y sobre mí, sin miedo y con espíritu de fe y con alegre confianza).



Si Cristo estuviera siempre en el Tabor,
¡cuántos miradores y admiradores tendría!...

5.- *Llevarla* (la mía, la de Jesús, sin prisas y sin quejas, con paz y persuasión de que es la que más me conviene).

6.- *Ayudar a otros* a llevar la suya.

Mis derechos

Esta mi cruz, así conocida, discernida, amada, mirada, llevada y ayudada a llevar me da derecho:

.- A la mayor semejanza con el Hijo de Dios.

.- Al más íntimo parentesco con El.

.- A la más abundante participación de la herencia que muriendo en la Cruz nos ganó.

.- A la predilección de su eterno Padre en la tierra y en el Cielo. ¡Bendita Cruz!

Preguntas sin una respuesta fácil

El día de la multiplicación de los panes y de los peces se contaban por miles los que rodeaban a Jesucristo.

El día de la multiplicación de sus dolores, se podían contar con los dedos de una sola mano los que le acompañaban...

Cuándo se medita en el reducido número de amigos que le quedan a Jesús en la hora de sus dolores, se pregunta cualquiera. ¿Pero en dónde estaban entonces tantos curados milagrosamente por El, tantos cojos, paráliticos, ciegos, mudos, muertos restituidos a la salud? Yo creo que estarían metidos en donde mismo se meten hoy los que, sabiendo cuánto deben al Sagrario y cuánto podrían sacar de El no van.

San Manuel González

Momento eucarístico hecho poesía



Poetas y escritores
cantaron su fe y
ofrecieron sus
palabras para que
nosotros podamos
decirle con ellas al
Señor Sacramentado
cuánto lo amamos.

Unos minutos conversando con Él

Oye, estoy delante de ti. Te oigo. Y te miro como el mejor de los padres miraría a su hijo muy querido. Como la mejor de las madres a su hijo pequeño, por quien daría mil veces su vida. ¿Crees esto?

¿Tienes ahora algún proyecto? Cuéntamelo todo. ¿Qué te preocupa?, ¿qué piensas?, ¿qué deseas? Dime qué cosa en particular llama tu atención hoy, qué deseas más ardientemente y con qué medios cuentas para obtenerlo. Dime si no te resultan tus planes, y te diré las causas de tus dificultades.

¿Deseas apoyarte en mí? Hijo mío, yo soy el Señor de los corazones, y los nuevo adonde deseo sin violentar su libertad. ¿Sientes acaso tristeza o mal humor? Cuéntame tus tristezas detalladamente. ¿Te ha pasado algo? ¿Te ha herido alguien? ¿Se han alejado de ti personas que quieres, y no entiendes el por qué o ¿es otra cosa?

¿Y no tienes alguna alegría que co-

municarme? ¿Quieres hacerme partícipe de ella como buen amigo tuyo? Ahora, hijo mío, regresa a tus ocupaciones habituales, a tu familia, a tu trabajo, a tus estudios... pero no olvides estos quince minutos de conversación íntima que hemos tenido en el silencio del sagrario.

Amor me pides

Sagrario del Altar el nido de tus más tiernos y regalados amores. Amor me pides, Dios mío, y amor me das; tu amor es amor de cielo, y el mío, amor mezclado de tierra y cielo; el tuyo es infinito y purísimo; el mío, imperfecto y limitado.

Sea yo, Jesús mío, desde hoy, todo para Ti, como Tú los eres para mí. Que te ame yo siempre, como te amaron los Apóstoles.

Déjame reclinar mi cabeza en tu sagrado pecho como a tu discípulo amado San Juan. Deseo vivir contigo, porque eres vida y amor. Amén.
Santa Teresa de Lisieux



Santo del mes: 19 de marzo, san José

El modelo perfecto de adorador

Después de la Santísima Virgen, ha sido san José el primer adorador de Cristo. La fe de su adoración fue mayor que la de todos los santos.

“Entre las gracias que Jesús concedió a su padre adoptivo, que fueron abundantes unidas a cada uno de Sus misterios, la gracia especial fue la de adorador del Santísimo Sacramento. Esta es la gracia que debemos pedirle a San José. Tengamos una confianza firme en él. Tomémosle como nuestro patrono y modelo de nuestra vida de adoración”. “San José, el más perfecto de todos los adoradores, alcánzanos la gracia de amar, adorar y servir a Jesús Eucaristía como tú lo hiciste”. (San Pedro Julián Eymard)

¡Cuán grande es San José a los ojos de Dios, por sus títulos de Padre de Jesús y Esposo de María! ¿y cuán grande debe aparecer también ante los hombres todos!

Su misión ha de durar tanto como dure la Iglesia y se extiende a toda la cristiandad. Es necesario que conozcamos, que estudiemos la parte que podemos esperar de sus gracias y de su protección, en nuestra calidad de adoradores. Vamos a ver cómo estos dones de San José, y todas sus gracias, tienden a hacer de él un perfecto adorador.



Desde el principio sin cesar

Desde su venida al mundo cuando Jesús estaba aún encerrado en el seno de María, como en un copón viviente,



quiso tener dos adoradores: María y José. Desde que el Ángel desvaneció la duda que atormentaba a este buen santo, respecto a las maravillas obradas en María, él no cesó de adorar a Jesús oculto en su seno virginal.

Cuando el Verbo hecho carne fue dado a luz en Belén, San José y María le adoraron incesantemente; en esos momentos lo tenían ante sus ojos: era preciso que la humanidad entera se hallara representada a los pies de Jesucristo, por estos dos santos. ¡Ciertamente, Adán y Eva fueron bien reemplazados!

San José trabajaba todo el día en Nazaret, y como no podía permanecer de continuo a los pies del Niño Jesús, viéndose obligado a veces a salir de su casa, por asuntos de su oficio, María lo reemplazaba en esos momentos cerca del Hijo divino; pero, cuando al anochecer volvía a su casa, pasaba incansable toda la noche en adoración, feliz de contemplar en Jesús los tesoros ocultos de la divinidad.

Para imitar

Sin detenerse en las apariencias exteriores con que Jesús había querido ocultar su divinidad, la fe de José penetraba hasta el Sagrado Corazón, e iluminado por la luz sobrenatural veía con mirada profética todos los estados por los cuales había de pasar Jesús: San José adoraba, y se unía a la gracia de todos los misterios. Él adoró a Nuestro Señor en su vida oculta; en su Pasión y en su muerte; lo adoró de antemano en el santo Tabernáculo en la divina Eucaristía.

¿Podía Nuestro Señor ocultar algo a San José? Él recibió la gracia de todos los estados de Nuestro Señor; poseyó la gracia de adorador del Santísimo Sacramento, y ésta es la que debemos pedirle. Tengamos confianza, gran confianza en San José, que sea él patrono y modelo de nuestra vida de adoración. (Agencias)

Amadísimo San José, sé mi padre adoptivo, cuida de mi salvación, custódiame día y noche, presérvame de toda ocasión de pecado y ¡haz que obtenga pureza de alma y cuerpo! Por tu intercesión ante Jesús, concédeme el espíritu de sacrificio, de humildad y de abnegación, un amor ardiente por Jesús en el Santísimo Sacramento y un tierno amor por María, mi Madre amantísima.

San José, ampárame en la vida y en la muerte, y obténme de Jesús, mi Salvador misericordioso, la gracia de un juicio favorable. Amén.